

les misa en compañía del Alcalde Mayor recién nombrado, que era el Capitán Bernardo Guillén de Avila. Los indios naturales del pueblo eran pocos; pero había entre ellos tepehuánes, coanos, tecuáres y otra gente foragida, que por delitos y por no pagar tributo al rey, y por no sujetarse á ministro de doctrina ni á la justicia, se habían ido allí, por vivir á sus anchas en tierra donde ni había justicia, ni ministro de doctrina, ni llegaba español en la vida.

Alborotóse aquella gente con la ida del dicho padre, como de cosa impensada, y él los sosegó diciéndoles que no venía á inquietarlos, sino á ayudarles y hacerles oficio de padre.

Cuando llegó este religioso á aqueste pueblo, halló una iglesia muy pequeña de paja, y un aposento muy pequeño pegado á ella, que daban á entender haber pasado por allí los religiosos que dije; pero todo tan sucio y desaliñado, que se echaba de ver que los indios jamás entraban en ella. Hízola barrer y limpiar, y volvióse á Xora, donde estaban los españoles, por no tener bastimento ni cosa con que poder pasar la vida, porque aun no daba la limosna el rey; dejándoles dicho que para el domingo siguiente, les volvería á ver, como lo hizo, y les dijo misa, para lo cual llevaba un ornamento, y luego trató de visitar los pueblos de la Sierra, que eran Santa María la Menor, Atotonilco, Ocotitic, San Francisco y Santa María la Mayor. Hízolo así, y halló grandísima perdición en todos los pueblos, porque todos los indios estaban casados con dos y tres mujeres, todos muy embijados, con cabelleras largas, zarcillos y gargantillas, y lo que peor era, que se preveía cometían el pecado nefando. Díjoles misa y la doctrina, él mismo en persona, consolólos á todos sin hablarles de otra cosa, hasta que el tiempo diese lugar para su remedio; pero ellos, como gente ignorante de su bien, no reparaban en lo que les decía, antes daban muestras de que les pesaba de que hubiese ido á su tierra el dicho padre, el cual anduvo de esta manera visitándolos á menudo, y volteando la sierra algún tiempo sin hacer mansión en parte ninguna, padeciendo muchas hambres y trabajos, porque cuando mucho comía, era un pedazo de calabaza cocida, algún maíz

Sierra.

tostado y cualquier tortilla; y un poco de miel por jubileo en más de un año. Compadecido el P. Fray Miguel de Uranzu, que en el capítulo había vuelto por guardián de Guaximic, envió á llamar al P. Tello para que tomase algún refresco y se consolase. Fué, y llegó la víspera de la Ascensión del Señor, y estuvo aquel día y otro; y habiendo recibido grande gusto de haberle tratado y comunicado, volvió al dicho pueblo de Amatlán. No halló indio ninguno, porque todos habían huido á las sierras y quebradas, y se certificó más en ello, cuando entrando en sus casas, no halló cosa ninguna de sus trastecillos.

Desconsolóse mucho el dicho padre con lo sucedido, y fué á Xora, donde concertó á un indio xalteco, llamado Sebastián, natural del pueblo de Xomulco, buena lengua mexicana, y que sabía canto, para temaxtiani y doctrinero.

Llevóle con su mujer al dicho pueblo, que estaba muy despoblado, y desde entonces hizo el dicho padre asiento en él, porque no entendiesen los indios huidos, que viéndolo de aquella manera, los había de dejar y irse, que era lo que ellos deseaban.

## CAPITULO CCLXXVIII.

En que se trata de la materia comenzada.

Año de 1620.

Ya en esta ocasión no estaba el P. Fray Diego de Rivera en Xora, porque el padre provincial lo había enviado á llamar, y el Padre Fray Antonio Tello, desde el puesto de Amatlán, aunque despoblado, procuraba decir misa y administrar, no sólo á los indios de las visitas, las cuales visitaba á menudo caminando por la Sierra, sino también á los españoles de Xora

que estaban á su cargo, sin hacerles una falta. Viendo, pues, los bárbaros que el dicho padre no se quería ir, sino que se estaba de asiento en el dicho pueblo, determinaron amedrentarle viniendo de noche á quemar las casas que en él había, como lo hicieron, hasta que no quedó ninguna, sino tan solamente la casita de paja donde el padre estaba, y otra casita donde estaba el indio que había llevado por doctrinero, y su mujer. Y sucedió una noche, que un muchacho españolito que el padre tenía para que le ayudase á misa, saliendo fuera de la casita y viendo que ardían las casas del pueblo, entró llorando y diciendo: "padre, mire que nos quieren quemar aquí, porque he sentido gente al rededor de la casa, y están quemando el pueblo." Entonces el padre le cogió de la mano y se salió de ella, y se fué á la casa del indio doctrinero, donde encomendándose á Dios, estuvo hasta que amaneció, después de lo cual vió que todas las casas del pueblo estaban quemadas, sino era la en que el padre vivía y el indio. Con todo esto no desmayó, sino que perseveró en visitar los pueblos de la sierra y hacer pie en el pueblo despoblado hasta enterarse de todo, del estado de las cosas, y de las partes y puestos donde podían estar rancheados los indios fugitivos, y de esta suerte estuvo padeciendo solo muchas necesidades de hambres y trabajos, por espacio casi de dos años, hasta que tuvo noticia que de los indios foragidos que había en el dicho pueblo, los unos, que eran tecuares, se habían ido á Pochotitlán, pueblo de chichimecos de la misma nación, visita de Xalisco, y los otros á diferentes partes; y que los naturales del pueblo y coanos, estaban rancheados en unas quebradas de la sierra de Tepec, y otros, en otras de la sierra de Ocotitic y de Santa María la Mayor; y enterado bien de esto, procuró su reducción, para lo cual fué á visitar los pueblos de la Sierra, y trató con los indios principales, que eran un Don Alonso, de Santa María la Mayor, Jerónimo, del pueblo de S. Francisco, D. Pedro, del pueblo de Ocotitic, Don Miguel, del pueblo de Atotonilco, gran chichimeco é idólatra, y el que más daño causó en aquella conversión, porque cuando el religioso confesaba á los indios de aquel pueblo, se ponía á la puerta de

Chichimeco  
que aconseja  
ba callar  
pecados.

la iglesia á decirles en su lengua, que no dijese cosa de importancia al padre, porque no alcanzase sus cosas, pues como digo, trató con ellos, y mandóles que no recogiesen en sus pueblos los indios de Amatlán ni los admitiesen, sino que antes le llevasen lo que pudiesen haber á las manos, y ellos se excusaron diciendo que no los habían visto; y aunque el padre sabía que comunicaban con ellos, dejó pasar algún tiempo, volvióles á rogar y persuadir que hiciesen lo que les tenía dicho, y viendo que no querían, determinó ir á visitar la Sierra y llevar consigo al teniente de alcalde mayor de Xora, que era Fulgencio Guillén de Avila, por ausencia de su hermano el capitán Bernardo Guillén, con el cual y un mancebo llamado Rodrigo Jorge, que hacía el oficio de escribano, y el indio doctrinero, Sebastián, partió por los pueblos, y habiendo avisado, primero á los indios de los otros pueblos que se congregasen en el pueblo de Santa María la Mayor para oír misa y la doctrina, fueron allá, y un día después de haberla dicho, dijo el dicho padre al teniente y escribano, que se pusiesen á la puerta de la iglesia con los arcabuces que llevaban, y él comenzó con el indio doctrinero á apretar las manos de los principales de aquellos pueblos para llevarlos á Xora en rehenes, mientras daban orden los otros indios que los de Amatlán se redujesen. Sucedió, pues, que yendo caminando con ellos por el repecho de un cerro para subir la sierra que va á Amatlán, cuando menos pensaron dió con ellos una gendulada de indios de guerra, desnudos, con sus plumas y quetzales, con arcos y flechas, dando un grande alarido, enarcando los arcos, y diciendo que soltasen los presos, porque si no los habían de matar. El teniente se quedó pasmado, y el Rodrigo Jorge, que era mancebo alentado y gran tirador, aprestó su arcabuz. Los indios perseveraron en decir que les diesen los presos, y decían algunas desvergüenzas y palabras afrentosas. Viendo esto el P. Tello, díjoles que mirasen lo que hacían, porque si se desmandaban, además del que harían muy grande ofensa á Dios, el rey los había de castigar enviando soldados que los destruyesen. Con todo eso, perseveraban, y estando ya para dar alarma, el dicho padre

se apeó de la bestia en que iba, y fué á donde estaban los indios presos, que iban en una collera de cordeles, cuatro ó cinco, y ató el cordel del primero con el del último, de manera que quedaron hechos un ovillo, y no podían huir; y dijo á los españoles que los pusiesen por trincherá delante, y aprestasen sus arcabuces y hiciesen la puntería sobre los hombros de los presos. Viendo, pues, esto los indios de guerra, y que no podían disparar flechas sin ofender á los suyos, y que el indio Don Alonso, que era indio viejo á quien ellos respetaban, viendo que ponían los arcabuces sobre sus hombros, y que los tenían delante, les dijo en su lengua, que se fuesen y los dejasen llevar, que ya sabían por qué los llevaban, y que no los llevaban á matar; con lo cual los indios de guerra se fueron, y el dicho padre y los españoles llevaron los presos á Xora, y allí los tuvieron algunos días, diciéndoles que aconsejasen á sus indios, hiciesen de manera que los de Amatlán volviésen á su pueblo, porque si no no los habían de dejar ir, á que respondieron, que cómo podían hacer la diligencia si estaban presos. Pero no fué de importancia lo que dijeron, ni se hizo caso de ello, por saber que no podían ignorar los indios de sus pueblos á donde estaban, ni dejarían de irlos á ver, con que podían decirles lo que habían de hacer; y dejándolos allí el dicho padre, se volvió á Amatlán, á donde estando descuidado, vinieron tres ó cuatro indios de los fugitivos, al cabo de ocho días, á verle. Alegróse sumamente de verlos, y díjoles lo mal que habían hecho en haber dejado su pueblo y el bien de sus almas, pues por sólo eso había ido á aquel puesto; consolólos y abrazólos, y díjoles que fuesen á decir á los demás que se volviessen, que nadie les haría mal, con que ellos, muy alegres y alentados, se fueron, y dentro de pocos días, volvieron con sus mujeres y hijos y otros muchos de los huidos. Comenzaron á reparar sus casas, que estaban maltratadas del fuego, y el dicho padre los animaba, pareciéndole que, teniendo ya hechas sus casas, no se volverían á huir con tanta facilidad; y dió orden para que el teniente soltase los que tenían presos en Xora y los dejase ir á sus pueblos. Estando las cosas en este estado, y hechas sus casas, cada

día iban viniendo más indios de los huidos, excepto de los foragidos, que se habían ido muy léjos, aunque de los tecuares se volvieron algunos, y pareciéndole al padre que ya era tiempo de tratar de la enseñanza y doctrina cristiana, los fué disponiendo para que dejasen las mujeres y se casasen con una, según el orden de la Santa Madre Iglesia; y para que se confesasen por la cuatesma, y que supiesen la doctrina, para lo cual hacían venir á los ya crecidos un poco antes de misa, y á los muchachos por la mañana y tarde, y esto poco á poco, y con mucha suavidad, porque no se alterasen y se huyesen otra vez; y esto mismo comenzó á hacer con los demás pueblos, yéndolos á visitar, y en teniéndolos dentro de la iglesia, les quitaba las gargantillas y zarcillos, y les cortaba la cabelleras, que algunos las tenían trenzadas como mujeres, y otros tendidas. Yendo este padre una vez, entre muchísimas, á visitar los pueblos, vino á él un indio del pueblo de Yehualtitlán, llamado Alonso, diciendo que los indios de aquel pueblo estaban en unas quebradas de Tatepuzco rancheados y huidos, por malos tratamientos que ciertos españoles del dicho pueblo les habían hecho y les hacían, y que le pedían y rogaban aquellos indios, fué á verlos y consolarlos. Estaba en esta ocasión muy distante el dicho padre, y con todo eso, porque no se perdiesen aquellos pobres, fué á verlos, y los halló en una quebrada con sus mujeres é hijos, debajo de unos árboles; y habiéndoles saludado, les preguntó la causa de haberse huido y dejado su pueblo, y ellos respondieron que por los malos tratamientos de los vecinos españoles; y para que no se entendiese que se habían alzado ni apostatado de la fe, le habían enviado á llamar para que los viese y consolase y congregase donde mejor le pareciese. El dicho padre los consoló, y dijo que no tuviesen pena, que él los favorecería y ampararía en todo lo posible; que mirasen dónde querían fundar su pueblo; y habiendo discurrido, señalaron un llano encima de un cerrillo que está de la otra banda del río, donde había muchos plátanos y otros frutales; y fueron al puesto, donde el dicho padre hizo levantar una cruz, y hacer una casilla de paja en que les dijo misa de San Buena-

ventura, intitulando al pueblo del nombre de este santo, y en lo demás, hicieron sus casas, y quedó el pueblo por visita y doctrina de Amatlán, distante siete leguas de serranías, á donde después de asentados, volvió el padre á su ordinario ejercicio de la enseñanza y doctrina de los indios de Amatlán. Poco tiempo después de la reducción de los indios de Amatlán, se tuvo capítulo en la ciudad de Guadalajara, y el provincial que salió electo, que fué el P. Fray Nicolás de San Lorenzo, envió á esta conversión al P. Fray Juan Muñoz; y el dicho padre Fray Antonio Tello salió de ella, con que, aunque el dicho P. Muñoz era religioso manso, apacible y gran lengua, como los indios eran fáciles y noveleros, y aquerenciados al P. Fray Antonio Tello, y recién poblados, viéndole ir con facilidad, se inquietaron y alborotaron, y poco á poco se fueron huyendo y desparramándose por diversas partes de la sierra, hasta que no quedó ninguno, y hasta los españoles de Xora sintieron tanto la poca atención y consideración del provincial, que irritados, pidieron luego clérigo al Sr. Obispo D. Fr. Francisco de Rivera, el cual envió al P. Luis de Cisneros, que fué el primer clérigo que fué cura del real de Xora; y entró sin contradicción, porque el P. Fray Juan Muñoz, viendo que los indios se habían huido, y el poco agasajo que los españoles le hicieron, se volvió y lo dejó todo, hasta que se celebró el capítulo intermedio, y los prelados volvieron á enviar al P. Fray Antonio Tello, como se dirá adelante.

En este tiempo, se puso casa de moneda en Santa Fe de Nuevo Reino, erigida con oficina en Cartagena, y fué hecha obispal la provincia del Río de la Plata, en el puerto de Buenos Aires, y también la de la Concepción en el reino de Chile, en lugar de la imperial destruida por los infieles.

## CAPITULO CCLXXIX.

En que se trata de la vida y muerte del P. Fray Martín de Aguayo.

Año de  
1631.

El bendito padre Fray Martín de Aguayo nació en la ciudad de Guadalajara en el Nuevo Reino de Galicia, á donde sus padres poco antes, habían ido á vivir al pueblo de Autlán. Fueron gente noble, de los Aguayos y Padillas, descendientes de conquistadores y encomenderos, y como tales, tuvieron oficios de importancia en la República, porque fueron regidores de Guadalajara, alcaldes mayores, y otros; y así, criaron á sus hijos en todo género de virtud, dándoles estudios, y entre otros que tuvieron, fué Martín de Aguayo, el cual, así que se puso latinidad, tomó el hábito de N. P. San Francisco en el convento de la ciudad de Guadalajara, de edad de 14 años, poco más, y tuvo por maestros al Santísimo varón Fray Juan de Ayora, y al P. Fray Clemente de la Cruz, que entrambos fueron provinciales de la provincia y de la de Mechoacán, por ser entonces una.

Después de profeso, comenzó los estudios mayores, y fué discípulo del muy venerable P. Fray Juan de la Peña, luz y esplendor de todas estas provincias, y en ellos aprovechó tanto, que fué muy insigne predicador, y de mucho espíritu, y por conocer el que tenía los prelados, le hicieron maestro de novicios, á los cuales enseñaba con vida y ejemplo; y los que tuvo á su cargo, salieron muy virtuosos e importantes religiosos.

Siempre fué venerado y estimado de todos los prelados, por su mucha virtud, modestia y religión, y así le encargaron muchos oficios, y habiéndole hecho muchas veces guardián, algunas lo renunció, por darse más llanamente á la oración y ejercicios religiosos en su recogimiento, porque en esta virtud